

# EL CONTEMPORANEO.



Edición de Provincias.

MADRID.—12 rs. al mes en la Redacción, Administración y demás oficinas del periódico, establecidas en la calle de Trágueros (Prado) núm. 20, entresuelo. También se suscribe en las librerías de Bailly-Baillière, calle del Príncipe, núm. 41; Cuesta calle de Carretas, número 9; López, calle del Carmen, núm. 29; Durán, Carrera de San Gerónimo, y en todas las demás principales librerías de esta corte.

Madrid.—Jueves 21 de Agosto de 1862.

PROVINCIAS.—15 rs. al mes y 45 el trimestre; pero es indispensable poner el importe en la Administración por una persona, ó enviándolo directamente en letra; libranza ó sellos de correos, y principales suscripciones indirectas en las Administraciones de guerra contra Juárez. Poco antes de esto, nuestro embajador en París remitía una nota al señor ministro de Estado, de la cual se deduce que los planes del gobierno consistían nada menos que en cambiar la forma política que existe en Méjico, sustituyendo la monarquía por la república, y del contesto de este y de otros muchos despachos publicados en España y en otras naciones, se deduce con entera evidencia que el gabinete de Madrid estaba de acuerdo con la Francia, no solo en apoyar y proteger un cambio tan radical en Méjico, sino que hasta se convino en que ocupase el futuro trono un príncipe extranjero, diciendo que «España vacilaría mucho antes de proponer la candidatura de un individuo de nuestra familia real.» Es más; la actitud de ciertos periódicos y el espacio de ocho semanas que medió entre el famoso despacho firmado por el Sr. Mon en 13 de octubre y la respuesta del señor ministro de Estado, constituyen fuertes presunciones de que se aceptó hasta la candidatura del archiduque Maximiliano.

Año III.—Núm. 502.

## MADRID.

20 DE AGOSTO.

Según las noticias más autorizadas, los ministeriales solo piensan en divertirse en el real sitio, y hacen bien, porque la situación es muy a propósito para diversiones.

El estado en que el país se encuentra, de resultados de la acertada marcha del ministerio, no inspira más que alegres planes, y sobre todo, el deseo de entregarse al dulce far niente, que es lo que, según *La Correspondencia*, está en boga entre los políticos de la Granja.

«La viveza que se nota en las columnas de los periódicos, dice el órgano competentemente autorizado, contrasta con la calma y la quietud política que reinan en San Ildefonso.»

Esto querrá sin duda significar, que allí, ni la cuestión de Italia, ni los negocios de Méjico, ni el discurso del emperador, ni aunque se hundiese el mundo, podría hacerles salir de la quietud que disfrutan, gracias a la cual, pasan el tiempo de un modo envidiable, sin pena ni gloria.

En cambio, el país sufre al ver el poco tino con que dirige los negocios el gabinete vicarialista, y parece con sus torpezas más de lo que muchos se figuran.

Las dos frases favoritas de los órganos del gobierno, en estas circunstancias, son las siguientes:

«No se debe volver la vista a lo pasado.»

«Nadie se ocupa de política en la Granja.»

No se debe volver la vista a lo pasado; pero la verdad es que lo pasado se vuelve a la vista con lo presente.

Mientras los ministeriales se divierten en la Granja, está en París la nación española divirtiéndose.

Mientras el marqués de Guad-el-Jelu ofrece chocolate en la Boca del Asno a los vicarialistas, la boca del emperador les dá discursos no ofrecidos.

Y sin embargo, la calma y la tranquilidad reinan en la política. ¿Qué gran cosa es tener tranquilidad y calma para cierta clase de negocios!

Si el conde-duque no hubiera tenido calma, no sería donde ni conde, ni presidente del Consejo de ministros.

Pero en cambio, tampoco sería el país objeto de burla en las naciones extranjeras, que ven en la calma del conde-duque el miedo de perder la posición que ocupa.

Aquí no hay más política que la de dejar al tiempo que desentende lo que el vicarialismo entreda, de lo cual resulta que la maraña va en aumento, y que al fin y a la postre ni el demonio será capaz de desenredarla.

El gabinete ha recibido el discurso del emperador, y se ha quedado tan satisfecho.

A la comida oficial que dió el ministro de Negocios extranjeros de Francia el día 15, asistió todo el cuerpo diplomático, excepto el representante español, que no fue invitado.

El gabinete se encoje de hombros, y dice: «Pche... gal fin, qué importa un convite más ó menos?»

Y dice bien, eso de reunir por cosas de comer solo es propio de la plebe vicarialista; los altos personajes tienen más elevadas aspiraciones.

Hay quien asegura que a lo que aspira el general Concha es a tomar las de Villadiego, y aun se añade que lo consultó con el gabinete; pero ya se vé, como el gobierno quiere que no se vuelva la

vista atrás, el 17 había olvidado lo que pasó en París el 14 y el 15, de modo que su contestación al general Concha ha debido ser la siguiente: «Aquí ya no nos acordamos de lo que V. nos dice.»

Con tal método, se puede creer seguro el triunfo en todos los negocios; pero eso nada tiene de extraño, porque la táctica del gobierno siempre fue olvidar al día siguiente lo que hizo el día antes.

Descanse, pues, en calma la política, y continúen durmiendo tranquilamente los ministros y los ministeriales; pero no se quejen si los resultados les despiertan.

Con la imparcialidad y con la calma de que tenemos dadas muchas pruebas, vamos a manifestar cuál es nuestra opinión en orden al efecto y trascendencia del discurso del emperador, y para ello prescindiremos de vanas declamaciones, para no apoyarnos sino en los documentos y en los hechos que son de todo el mundo conocidos.

Es evidente que las palabras pronunciadas por el jefe de la nación vecina han producido la más honda y dolorosa impresión, por más que haya habido quien haya tenido la sin igual osadía, por no calificarla de un modo más duro y, sin duda, exacto, de anunciar a París, por el telégrafo, que han causado en Madrid un efecto agradable. Basta haber leído los periódicos independientes de esta corte, y aun sin leerlos, basta haber oído hablar a cualquiera persona, aun a la que menos se ocupe de asuntos políticos, para saber que las frases del emperador han causado una sensación profunda y penosísima.

Pero no han herido la fibra del sentimiento nacional; los hombres sensatos guiados por su razón, y las masas por ese seguro instinto que rara vez se equivoca, han comprendido que no se trata de un asunto que interese a la honra colectiva de la patria, y que lo que ha hecho el monarca francés no ha sido amenazar nuestra independencia, sino reconvenir al gobierno por el mal proceder que, como tal, y no como representante de la nación, ha tenido en determinados asuntos.

España tiene demasiada confianza en sí misma para alarmarse por vanos y quiméricos peligros; sabe que su nacionalidad es indestructible, y que si ha perdido aquel poder que algún día tuvo, y en virtud del cual decidía como árbitro en todas las cuestiones internacionales, le quedan los suficientes medios para repeler cualquier ataque que se dirija contra su honra ó contra su independencia.

Lo que ocurre es pura y simplemente un conflicto entre dos gobiernos, relativamente a un asunto en que no ha influido para nada la opinión de los países que representan. Si el gabinete español fuera en este caso el verdadero intérprete de la honra y de los intereses de la patria, si su causa fuera una causa nacional, esta sería la hora en que se hubiese manifestado en su favor el espíritu público, de la manera enérgica é irresistible que lo ha hecho en otras ocasiones.

No hace tanto tiempo que ocurrió la guerra de Africa; recuérdese cómo la opinión arrastró al gabinete para que llevase a cabo una empresa que no era solo gloriosa, sino de gran provecho para España; de todas partes acudían escitaciones; todos ponían a disposición del gobierno sus personas y sus bienes, el entusiasmo rayó en frenesí, y no fué ciertamente culpa de esta gran nación que el éxito de la campaña no correspondiese a sus deseos. Bien claro hizo ver su des-

contento, mostrando tanta repugnancia a la paz, como interés y decisión al principiarse la guerra. ¡Sucede ahora nada que se parezca a aquello! Es verdad que todo el mundo está pensosamente afectado; que no hay un español que no sienta la más profunda indignación, pero no es contra la Francia, a quien nadie considera como enemiga, sino contra el gobierno, cuya ineptitud y cuyas torpezas han dado ocasión a lo que ocurre.

Ni los recuerdos del Dos de Mayo, ni las comparaciones de fechas, ni el afán de herir la delicada susceptibilidad del pueblo, han bastado para conseguir que este se estraviase, considerando la cuestión de un modo que su instinto le dice que es equivocado é inconveniente. Por más que algunos se empeñen en negarlo, la educación política ha hecho en nuestro país rapidísimos progresos, y no es posible, ya que los pueblos adopten como suya una causa que no les interesa. Pasó ya la época dolorosa en que las naciones tenían que sufrir las consecuencias de los errores de sus gobernantes, porque, en virtud del grado de cultura á que hemos llegado, la opinión tiene medios de manifestar lo que quiere y lo que le interesa, y cuando los que debían dirigirla se empeñan en llevar á cabo planes y proyectos que ella repugna, la indiferencia y el retraimiento del público dan claramente á entender que no se hace solidario de las miras personales de los que mandan.

Esto es lo que ha pasado con la cuestión de Méjico. El gobierno creyó, sin duda, que llamando la atención pública hacia un asunto internacional, iban á olvidarse los males interiores que nos afligían. Contaba con que, satisfaciendo los deseos de gloria de esta nación magnánima, no echaría menos la dominación tiránica de sus gobernantes; pero este cálculo le salió fallido. El público comprendió el verdadero objeto de la expedición anunciada con tanta pompa, y la gritaría de los amigos de la situación no pudo despertar su entusiasmo. Todo el mundo decía: ¿qué interés verdaderamente nacional nos lleva á Méjico? Si es cierto que se nos han inferido agravios, si nuestra honra está interesada en exigir por ellos las debidas reparaciones, ¿qué vamos en compañía de dos naciones más poderosas que España? No se dará así á entender que no tenemos fuerzas para que se nos respete? Estas consideraciones fueron más enérgicas, y tuvieron más valor que todos los sofismas de la diplomacia, y por lo tanto, pasaron desapercibidas para el público todas las declamaciones y todos los falsos alaridos de patriotismo, con que quiso despertarse el entusiasmo nacional. Se supo la salida de nuestros buques; llegó la noticia de la toma de Veracruz, y por más que los ministeriales entonaron himnos y repitieron en todos los tonos que el pendon de Castilla ondeaba en la fortaleza de San Juan de Ulúa, no se oyó en toda España ni un grito de júbilo, porque aquel acto no significaba lo que la toma de Tetuan, que tan bulliciosas manifestaciones de alegría motivó en todas partes.

Pero sean las que fueren las intenciones y las miras del gobierno, y teniendo presente que al determinar el envío de la expedición no respondió a una necesidad nacional, ni satisfacía un deseo del pueblo, si hubiese siquiera sido consecuente en su política, si hubiera procedido siempre guiado por un mismo pensamiento, podría esperar que la nación, aunque al principio hubiese repugnado su empresa, considerándola agena y tal vez opuesta á sus verdaderos intereses, hubiera hecho cuestión de honra el sostener y lle-

var adelante la política, aunque fuese errónea, del gabinete. Pero, ¿cómo ha de hacerlo, cuando esta es la hora en que no se sabe lo que quiere, ni lo que se propone?

En un principio, manifestó claramente su deseo de intervenir en los asuntos de Méjico, de tal manera, que paso en los augustos labios de S. M., al abrirse la legislatura, palabras que equivalían á una declaración de guerra contra Juárez. Poco antes de esto, nuestro embajador en París remitía una nota al señor ministro de Estado, de la cual se deduce que los planes del gobierno consistían nada menos que en cambiar la forma política que existe en Méjico, sustituyendo la monarquía por la república, y del contesto de este y de otros muchos despachos publicados en España y en otras naciones, se deduce con entera evidencia que el gabinete de Madrid estaba de acuerdo con la Francia, no solo en apoyar y proteger un cambio tan radical en Méjico, sino que hasta se convino en que ocupase el futuro trono un príncipe extranjero, diciendo que «España vacilaría mucho antes de proponer la candidatura de un individuo de nuestra familia real.» Es más; la actitud de ciertos periódicos y el espacio de ocho semanas que medió entre el famoso despacho firmado por el Sr. Mon en 13 de octubre y la respuesta del señor ministro de Estado, constituyen fuertes presunciones de que se aceptó hasta la candidatura del archiduque Maximiliano.

Después, sin ninguna razón plausible, el gabinete abandonó todos sus compromisos, y no solo dió su sanción y reconocimiento á Juárez, sino que declaró solemnemente ante las Cortes que no interpondría directa ni indirectamente en los asuntos de Méjico. La contradicción era tan palmaria, la inconsecuencia tan evidente, que el Sr. Mon, conociendo perfectamente cuáles eran los compromisos que existían entre nuestro gabinete y el de las Tullerías, no osó volver á París, y presentó la dimisión motivada de su elevado cargo. Las palabras del emperador son ni más ni menos que una ácre reconvencción fundada en tan incomprensible conducta, y justificada anticipadamente por la resolución y por la actitud del embajador, que había sido testigo y agente en las estipulaciones y compromisos que mediaron entre el gobierno francés y el español. Teniendo en cuenta estas consideraciones, ¿qué había de hacer el público? ¿Hay términos hábiles para convertir lo que sucede en una cuestión nacional? ¿Qué es lo que vamos á defender, la intervención en Méjico, ó la causa de Juárez? Nuestro gabinete ha querido ambas cosas, ó por mejor decir, no sabe lo que quiere; por eso fué á París y por eso no vendrá el general Concha. El gobierno está en tan deplorable situación, que no tiene ni sofismas con que explicar su conducta; y el país, que contempla este lamentable espectáculo, se indigna y protesta, pero solo contra los que tan mal defienden sus altos intereses y su honra inmaculada.

*La Epoca*, haciéndose cargo de nuestro artículo de ayer, dice, entre otras cosas, que nos tomamos mucho interés por el general Concha, lo cual no es exacto, porque nosotros no nos ocupamos de las personas más que en cuanto es indispensable para tratar de las cuestiones políticas; y solo porque se roza con la cuestión de Méjico y sus consecuencias, hemos hecho mención del señor marqués de la Habana, á quien hemos tratado con el respeto que por su posición y circunstancias merece, aunque no nos ligan con él ninguna clase de relaciones.

Viniendo ahora al fondo del asunto, diremos que hoy mismo y en otro lugar esponemos las contradicciones é inconsecuencias que el gobierno ha cometido en la cuestión de Méjico; pero, cualesquiera que estas hayan sido, debe recordar el periódico ministerial, que interrogado el órgano competentemente autorizado del gabinete, si estaba ó no definitiva é incondicionalmente aprobada la conducta del general Prim, contestó con este significativo monosílabo. Sí. Después sobrevino la dimisión del Sr. Mon, fundada en no hallarse conforme con el gobierno en la política que este había seguido en la cuestión mejicana: luego apareció el decreto dando por terminada la misión del general Prim, y declarando que la había desempeñado con celo, lealtad é inteligencia; por último, habiéndose discutido ampliamente acerca del carácter que debía darse al nombramiento del general Concha, se declaró solemnemente que había admitido ese cargo con la condición de defender los actos del gobierno y de negociar bajo el supuesto de que estos se declarasen definitivos é irrevocables.

Ahora bien; si el emperador quiere que se examinen de nuevo los sucesos, porque solo así podría esperar un juicio imparcial sobre ellos, es evidente que, no solo debe encontrarse embaraçado el general Concha, sino que tiene delante de sí un abismo insondable que le separa del gobierno imperial.

Es inútil perder el tiempo en desnaturalizar los hechos; en la cuestión mejicana no hay ni puede haber más que estas dos soluciones; ó se desea y sostiene la guerra con Juárez y se cree en la necesidad de establecer nuevo gobierno y hasta nuevas instituciones, esto es, se quiere intervenir en la república, ó se defiende la integridad de sus actuales autoridades, y se declara improcedente y hasta inicuá, cualquier ataque contra ellas. El gobierno, después de muchas contradicciones, ha interpretado en este sentido el convenio de Londres, declarando que no interpondría directa ni indirectamente en las cosas de Méjico, mientras que el emperador ha optado por el primer término del dilema.

Entre nosotros hay periódicos que, como *La España*, *La Discusion* y *El Pueblo*, se han declarado juaristas, y en esta cuestión están, á pesar de su distinto color político, al lado del ministerio. *La Epoca*, que sigue siendo partidaria de la intervención y de la monarquía en Méjico, debería estar hoy en la oposición, y por más que se afane en hacer compatibles sus opiniones con su ministerialismo, no lo conseguirá, como lo prueban las indirectas de que ha sido objeto con este motivo por parte del órgano competentemente autorizado del gobierno.

En vano nos dirá *La Epoca* que hay muchos ministeriales que piensan como ella; lo sabemos; pero no ignorará el periódico ministerial que todos ellos reprueban la conducta del gobierno, sin empeñarse en el absurdo de suponerle intenciones é ideas que no son las suyas.

Por lo demás, *La Epoca* sabe que nosotros no hemos querido convertir el conflicto ocurrido en una cuestión de honra nacional, porque sabemos que no es más que una gran contradicción que el gobierno se ha proporcionado con sus torpezas, pues por más que digan los ministeriales, el gabinete es quien tiene la culpa de que la cuestión de Méjico sea lo que es hoy la cuestión de Méjico.

Por mas que grite *La Epoca*, *La Correspondencia* seguirá siendo el órgano autorizado del gobierno, porque la índole y los antecedentes de

## FOLLETIN DE EL CONTEMPORANEO.

### EMELINA,

ALFREDO DE MUSSET.

Respondió, pues, que obedecería y saldría de París por algún tiempo: ella le preguntó á dónde pensaba ir, y le ofreció escribirle.

Quería ella que Gilbert la conociese perfectamente, y en muy pocas palabras le refirió la historia de su vida: le describió la situación y el estado de su corazón, y no se fingió más dichosa de lo que en realidad era. Le devolvió sus versos, y le dió las gracias por haberla deparado un momento de felicidad.

«Me he abandonado á él, añadió, sin querer y sin reflexionar: estaba segura de que lo imposible me detendría, mas no he podido resistir á lo que era posible. Espero que no veréis en mi conducta los manejos de una coqueta. Debería haberme cuidado más de nuestro corazón; pero no creo que nuestro amor sea tal que no tenga pronta curación.»

«Os diré francamente, contestó Gilbert, que yo mismo lo ignoro; aunque no creo curar. Vuestra hermosura me ha cautivado menos que vuestro talento y vuestro carácter; y si la imagen de un bello rostro puede borrarse del corazón con el auxilio de la ausencia y de los años, la pérdida de una criatura cual vos es absolutamente irreparable. No hay duda en que me curaré en apariencia; y es casi cierto que dentro de algún tiempo continuaré el mismo género de vida que hasta ahora; pero mi razón me dirá siempre que habrías podido labrar la felicidad de mi vida. Esos versos que me devolvéis fueron escritos como por casualidad; fuéronme inspirados por un momento de embriaguez, pero el sentimiento que me presiona reside en mí desde que os conozco, y no he tenido el valor de ocultarlo por lo mismo que es verdadero y durable. Ni uno ni otro seremos felices, y haremos á la sociedad un sacrificio que nada podrá recomensar.»

«No es á la sociedad á quien le haremos ese sacrificio, sino á nosotros mismos; ó mas bien, es á mí á quien lo haréis. La mentira me es insostenible, y aunque, cuando os marchasteis, estuve á punto de confesarlo todo á M. de Marsan. ¡Ea, amigo mío! añadió alegremente: ¡tratemos de vivir!»

Gilbert le besó respetuosamente una mano, y se separaron.

### VI.

Apenas hubieron tomado esta determinación, conoció que le sería imposible realizarla; y no cesaron de largas explicaciones para convencerse mutuamente de ello.

Gilbert pasó dos meses sin presentarse en la casa de Mad. de Marsan, y durante ese tiempo, uno y otro perdieron el apetito y el sueño.

A los dos meses, sintióse Gilbert tan desolado y tan triste que, sin saber lo que hacía, tomó el sombrero, y llegó al palacio de Marsan como si nada hubiese acontecido. Ella no pensó en dirigirlle ningún reproche por haber faltado á su palabra: pues le bastó mirarle para conocer cuánto había sufrido; y Gilbert la halló tan pálida y tan mudada, que se arrepintió de no haber vuelto antes.

Lo que Emelina sentía en el corazón, no era un capricho ni una pasión: era que la voz de la naturaleza le decía que necesitaba volver á amar. Ella no había hecho grandes reflexiones sobre el carácter de Gilbert; le gustaba, y esto era todo: él le decía que la amaba, y la amaba de una manera diferente de cómo la amó M. de Marsan. El espíritu de Emelina, su inteligencia, su entusiasmo, todas las nobles cualidades de su corazón, sufrían á despecho de ella. Las lágrimas que involuntariamente vertía, corrían á pesar suyo, y la obligaban á averiguar la causa de ellas: sus libros, su música, sus flores, sus hábitos y hasta su vida solitaria; era preciso amar y luchar, ó resignarse á morir.

La condesa de Marsan miró de frente, con singular fiereza y altivez, el abismo en que iba á caer. Cuando Gilbert volvió á estrecharla sobre su corazón, miró ella al cielo como tomándole por testigo de su falta y de lo que esta iba á costarle.

Gilbert comprendió aquella melancólica mirada, y midió lo grande de su empresa y la nobleza del corazón de su amiga. Entonces comprendió que tenía en sus manos el poder de devolverle la vida ó de degradarla para siempre. Este pensamiento le inspiró menos orgullo que alegría, y juró consagrarse á ella, dando gracias á Dios por el amor que sentía.

Sin embargo, la necesidad de mentir desconsolaba á la joven; mas no volvió á hablar de esto á su amante, y guardó esta pena secreta. Por lo demás,

ni le ocurrió la idea de resistir más ó menos tiempo desde que comprendió que no podría resistir siempre. Contó, por decirlo así, las probabilidades de sufrir y las de ser dichosa, y aventuró osadamente su existencia.

En el momento en que Gilbert regresó, veíase precisada á pasar tres días en el campo: él le suplicó que le concediese una entrevista antes de marchar.

«Lo haré, si así lo queréis, le contestó: pero os suplico que me dejéis esperar.»

El cuarto día entró un joven á las doce de la noche en el café Inglés.

«¿Qué desea el señor? le preguntó el mozo.»

«Lo mejor que haya, contestó el joven con un acento de júbilo, que hizo fijarse en él la atención de cuantas personas había en el café.»

A la misma hora, y en lo mas retirado del palacio de Marsan, una persiana entreabierta permitía ver un vago resplandor á través de una cortina.

Sola, y en traje de noche, hallábase Mad. de Marsan sentada en una sillita, cerrada con el cerrojo la puerta de su alcoba.

«Mañana será suya! ¡Será él mío! pensó.»

No se le ocurrió á Emelina comparar su conducta con la de las demás mujeres. En aquel momento no sentía dolor ni remordimiento: todo callaba ante ella á la idea del siguiente día.

«Osaré deciros en qué pensaba Emelina? Osaré escribir lo que en aquella hora temible inquietaba á una mujer tan hermosa y tan noble, la mas sensible y hermosa de cuantas conozco, la vispera de la única falta que haya tenido que echarse en cara?»

Pensaba en su hermosura.

Amor, adhesión, sinceridad de sentimientos, constancia, simpatía de gustos, temor, peligros, arrepentimiento, todo había sido arrojado, todo quedaba destruido por la mas viva inquietud acerca de sus encantos y de su belleza corporal.

La luz que entrevemos es la de una bugia que tiene en la mano. Hallase delante de su espejo, y véiese y escuchaba: ningún ruido, ningún testigo; entreabre el velo que la cubre, y como Venus en presencia del pastor de la fábula, comparece tímidamente.

Para hablarlos del día siguiente, lo mejor que puede hacer, señora, es copiar aquí una carta de

Emelina á su hermana, en la que describe lo que experimentaba:

«Era suya. A toda mi ansiedad había sucedido un abatimiento estremado. Sentíame aniquilada, y aquel malestar me era grato. Pasé la noche soñando: veía formas vagas; oía voces lejanas, y distinguía: «Ángel mío! Vida mía!...» Y mi abatimiento era aun mayor. Ni una sola vez recordé las inquietudes del día anterior durante aquel semitratigo que ha quedado fijo en mi memoria como el estado que elegiría para estar en el paraíso. Me acosté, y dormí como un recién nacido. Cuando me desperté por la mañana, un confuso recuerdo de los sucesos de la vispera me hizo afluir toda la sangre al corazón. Una violenta palpitación me obligó á sentarme en la cama, y allí creí oír que me decían: ¡Ya no hay remedio! Apoyé la cabeza en las rodillas, y me precipité al fondo de mi alma. Entonces me asaltó por primera vez el temor de que él me hubiese juzgado mal. La sencillez con que había yo cedido, podía haberle hecho formar de mí un concepto nada honroso. A despecho de su talento, de su tacto, podía temer que se hubiese equivocado. ¡Si no habría sido aquello para él mas que un capricho, una dificultad que vencer! Sobrado admirada, sobrado conmovida, anonadada por todos los sentimientos que me subyugaban, no había pensado estudiar los suyos.»

«Pues bien! exclamé valerosamente; el día que me conozca, tendrá que pagarme lo que me debe.»

Esta sombra pasó iluminada de pronto por dulcísimos recuerdos. Sentí vagar un suspiro al rededor de mi boca: como la vispera, aparecíome su semblante embellecido con una expresión que no he visto jamás, ni aun en las mejores obras de los grandes maestros: leí el amor, el culto, el respeto, y la duda, el temor de no triunfar, tan vivo era su deseo. Aquel era para la mujer el momento supremo, y pensando en él me vestí. ¡Con cuánto placer nos adoramos cuando esperamos á nuestros amantes!»

### VII.

Emelina había tardado cinco años en conocer que su primera elección no podía hacerla feliz. Sufrió durante un año, luego seis meses contra una pasión naciente, y dos meses contra un amor declarado. Por último, había sucumbido, y su felicidad duró quince días.

«No es cierto que quince días son muy poco tiempo? He empezado este cuento sin reflexionarlo, y creo que llega el momento en que nada tengo que decir del pensamiento que me indujo á tomar la pluma, sino es que fué muy corto. ¿Cómo intentaré describirlo? Os referiré lo que es inspresable, y lo que los mas poderosos géneos de la tierra han dejado adinar en sus libros, por carecer de frases con que presentarlos? Seguramente que no lo esperaré, y por lo tanto, no cometeré ese sacrilegio.»

«Lo que emana del corazón puede escribirse, pero no el corazón mismo. Además, si se es dichoso durante quince días, ¿hay tiempo de notarlo? Emelina y Gilbert estaban aun asombrados de su felicidad, no osaban creer en ella, se maravillaban de la viva ternura que inundaba sus corazones.»

«¿Es posible, se preguntaban, que nuestras miradas se hayan tropezado alguna vez con indiferencia y que nuestras manos se hayan estrechado friamente?»

«¿Cómo! decía Emelina: yo te he mirado sin que mis ojos se hayan inundado en llanto? ¿Te he escuchado sin besar tus labios? Me has hablado como todo el mundo, y te he contestado sin decirte que te amaba?»

«¡No! contestaba Gilbert: tu mirada, tu voz te hacían traición. ¡Gran Dios! ¿Cómo me penetraban! Yo soy á quien el temor detenia y la causa de que hayaamos tardado tanto en amarnos!»

Entonces se estrechaban las manos, como para decirse tícidamente:

«¡Calmémosnos, pues es para morir!»

Apenas habían empezado á acostumbrarse á verse en secreto y á gozar de los terrores del misterio; apenas conocía Gilbert el nuevo semblante que adquiere de repente la mujer que cae en los brazos de su amante; apenas se habían dejado ver las primeras sonrisas á través de las lágrimas de Emelina; apenas se habían jurado amarse eternamente, ¡pobres niños! confiados en su suerte y se abandonaban sin temor, saboreando lentamente el placer de reconocer que no eran infundadas las esperanzas que ambos habían concebido; aun se decían: «¿Cuán dichosos vamos á ser!» cuando se desvaneció su felicidad.

(Se continuará.)





